

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones. URJC.*

,' **Antes** eras católico", como le recuerda Rollo Martins a Harry Lime durante su conversación en *El tercer hombre*, de Graham Greene y, como el propio escritor británico recordaba al comienzo de su novela, también de Carol Reed. Tras su película, igualmente, de Orson Welles y de Joseph Cotten. Y, siempre, de Viena, corazón de Europa, la ciudad más oriental de Occidente y la más occidental de Oriente, en cuya Karlsplatz, según, Metternich, comenzaban los Balcanes, y en realidad empieza y termina el Norte, pero también el Sur. Para un cínico como Harry Lime, ser católico representaba creer "en Dios, en la misericordia, y en todo eso". Y no "dañar el alma" de nadie, porque "los muertos están más felices muertos". Para un cínico en una ciudad dividida, hambrienta y devastada, en plena posguerra, las creencias se habían convertido en una motivación tan mediocre como el afán cotidiano de subsistencia. Y ningún espacio como Viena testimoniaba la ruina material y moral del proyecto europeo.

Han transcurrido exactamente setenta años desde que Graham Greene, que tenía que escribir un guion, decidió redactar una novela y un guion casi al unísono. La Europa fracturada del escritor británico y cristiano es hoy una realidad política que camina hacia la unidad. Y la impronta cristiana en ese itinerario ha sido decisiva. Sin duda, en el ámbito del liderazgo político e institucional, porque el proyecto de integración europeo es inseparable, y para siempre, de la acción política, pero también de la sensibilidad y de la comunión de creencias de figuras como Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer y Robert Schuman. E, igualmente, de las generaciones de líderes democráticos de inspiración cristiana que les siguieron, con figuras como Aldo Moro, Giulio Andreotti, Wilfried Martens o Helmut Kohl y, tras el derrumbamiento del stalinismo en Europa central y oriental, Bronislaw Geremek, Tadeusz Mazowiecki, o József Antall.

Sin embargo, no existía una aproximación científica monográfica a la visión, la aportación y la impronta, gigantescas, de la Santa Sede, y muy específicamente de los Papas, a la consolidación del proceso político iniciado por los padres fundadores de Europa cuando el martes 9 de mayo de 1950 Robert Schuman leyó la Declaración conjunta de Francia y de la República Federal de Alemania sobre el proyecto de creación de una autoridad conjunta para el acero y el carbón y, tras finalizar la lectura, el canciller Konrad Adenauer

llamó al ministro de Asuntos Exteriores Robert Schuman, amigos y hermanos, pero siempre fieles servidores de sus países, para expresarle su pleno respaldo "y de todo corazón".

Se hacía necesario un trabajo concienzudo, riguroso y metódico sobre la presencia de los Papas en el proceso de construcción europeo durante los últimos y decisivos años del siglo XX y los primeros del XXI. Y creo que *El pensamiento pontificio sobre Europa y su unidad: Juan Pablo II y Benedicto XVI*, de Jesús Romero García, un trabajo que tiene su origen en la tesis doctoral que defendió el 11 de diciembre de 2014 en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos, es el libro que viene a ofrecer una perspectiva integral, sistemática y exhaustiva de la materia y, lo que es más importante, del significado de la visión europeísta de dos Papas nacidos en Polonia y en Alemania, protagonistas dramáticas y eminentes del último siglo de la historia de nuestro continente. Dos Papas dotados, además, de una formación académica, una capacidad para la reflexión desde el análisis, un liderazgo eclesial, social y cívico, y una potencia creadora y de pensamiento extraordinarias.

Juan Pablo II y Benedicto XVI son dos enormes figuras de la historia. Pero, además, su testimonio, su actividad pública y sus más íntimas convicciones se encuentran decididamente comprometidas con el proyecto de integración europea durante la totalidad de sus respectivos pontificados. Y el libro del doctor Romero tiene la virtud de revelar al lector la continuidad en el tiempo del impulso europeísta del último pontífice del siglo XX y el primero del siglo XXI como un ejercicio de compromiso constante, deteniéndose en hitos hasta ahora no conocidos en toda su fundamental dimensión, como la intervención de Juan Pablo II ante el Foro Internacional de la Democracia Cristiana en Roma, el 23 de noviembre de 1981, cuando un Papa todavía limitado por las consecuencias físicas terribles de un criminal atentado llama a los participantes a defender una democracia fundamentada en el bien y en la verdad para Europa. O, por supuesto, el memorable llamamiento a Europa de su histórica visita a España, cuando el 9 de noviembre de 1982, y en la catedral de Santiago de Compostela, lanza un mensaje nítido: "Europa... ¡Vuelve a encontrarte. Sé tú misma!". E, igualmente, desde el principio de su pontificado, y en su primera visita a su Alemania natal, el profesor Romero se detienen también en el discurso del Papa Ratzinger a las comunidades musulmanas en Colonia, el 20 de agosto de 2005, reivindicando para esa Europa democrática e integrada el horizonte del aprendizaje de una vida de convivencia y de respeto.

"Todo había terminado salvo escribir", finalizaba afirmando Graham Greene en su introducción a *El tercer hombre*, recordando el golpe stalinista en Praga, el bloqueo de Berlín, y el comienzo de la Guerra Fría hace ahora siete décadas. Jesús Romero, bachiller en Teología, máster en Acción Política y doctor en Derecho, persona dotada de un bagaje académico extraordinario, universitario ejemplar, estudiante entrañable, querido amigo, ha escrito un libro que demuestra que nada ha terminado. Un libro que suscita la inquietud de meditar hasta qué punto es cierto que los cristianos vivimos en la ignorancia de la

verdadera fuerza de nuestra Iglesia, como mantenía en *Apología pro vita sua* John Henry Newman. Pero, también, un libro que con lenguaje cálido y fluido, lleno de amor por la Iglesia, pero también de energía y vivacidad, de creencia y de convicción, demuestra hasta qué punto Europa y su proyecto de integración política son imposibles sin el cristianismo.

Por eso es tan importante la contribución de los profesores cristianos. Y, como decía Aldo Moro en el bellissimo artículo *Confidencias de un profesor*, que publicó en la revista de la FUCI, *Azione Fucina*, el 25 de diciembre de 1944, a Jesús le acompañará siempre "la alegría de una belleza inextinguible" y "la satisfacción de ver cómo se desenvuelve, bella dentro de su dolor, la vida que se hace persona con una somisa de futuro". La enseñanza, decía Moro también, es una "relación de amistad" en donde "el maestro tiene aquello que entregó". Y magistral es el libro de Jesús. Porque es mucho lo que entrega y, por lo tanto, mucho más lo que atesora.

El libro de Jesús Romero comienza con Novalis. Su compatriota y contemporáneo Friedrich Holderlin mantenía que, si un hombre disfruta de intelecto y corazón, debía optar por mostrar únicamente uno de los dos, ya que, si decidía mostrarlos juntos, habrían de maldecirle. Pero Jesús Romero es uno de esos formidables seres humanos que, a despecho de cualquier admonición del romanticismo alemán, no vaciló en mostrar inteligencia y corazón durante el proceso de elaboración de su tesis doctoral Y, por eso, nada ha terminado para Jesús Romero García. Lo que le resta a Jesús, profesor e investigador brillante, es seguir escribiendo.

*Madrid, 7 de febrero de 2018*